
VELADA EN EL BALNEARIO

I

POSADO sobre el arco azul y sepia del otoño, currito asistía al comienzo de la temporada de baños termales. Abajo, las primeras lloviznas habían bruñido el firme adoquinado de la carretera para que el blanco aleteo de los álamos reflejara su contribución a la compostura del paisaje, necesariamente destinado a hermosear el lugar. Ojo negro y pico rojo, manto gris y cola de levita, currito contemplaba el paso de los ómnibus colmados de bañistas, mantas escocesas y baúles de mimbre. Las llantas de caucho dispersando en menudo goterío el agua de los charcos, la sonaja avisadora de las colteras, y el chasquido de los cascos recién herrados, estimulaban la ansiedad en el fuellecillo de los asmáticos, en las punzadas de los artríticos, en los fluidos humores de los victimados del amor.

Aleteó currito desde el arco a la conífera y de ésta al madroño, para saltar hasta la veleta que culminaba la cúpula de la capilla, moldava en su arquitectura, romana por el culto, erigida por voluntad de la señora condesa para conjurar impíos, calvinistas, mahometanos, ingleses y demás clientela de allende la cristiandad, no por habitual del establecimiento menos sospechosa para la reticente dama propietaria por herencia, de la instalación termal. De heterodoxias mundanas, bastante que sabía el currito, atento observador de los vespertinos paseos por los arriates en flor, fronda adentro, de las estrafalarias desvencijadas, tras el rastro de jóvenes bañeros nativos, musculados por el azadón y meticulosos en el oficio de sumergir a media Europa en las fíletas salutíferas, tan renombradas.



Mármoles rosa, alarde italiano de los abuelos de la condesa, muros de centelleante estuco y balconcillos de trabajada herrajería, daban particular carácter a los pabellones del balneario, recoleto y clausurado mundo volcado a la espaciosa veranda con antepecho de floripondios —begonias portuguesas, azules jacintos, hortensias y magnolios de blanca flor— y lucida escalinata. Y en un más allá presentido y ajeno, huertos de naranjos, bosquecillos de ciruelos, y el manchón de las higueras con su fruto nombrado de boca de muerto por violáceo y dulzón, que tanto gustaba catar miss Lucille Veneziaus, delicada criatura llegada desde Liverpool.

Las excelencias del otoño toleraban a la clientela, tras las matinales sesiones de caldas y lodos, tomar el sol en la grata terraza, con sus butacas y mesitas de mimbre hasta las que solícita servidumbre acercaba bandejas con vasos de agua medicamentosa, para alivio y solaz, conjuntos, de dolientes y acompañantes. Atenta en todo la dirección, disponía de uniformados botones que, a la hora del correo distribuían a la concurrencia la prensa nacional, así como los más prestigiosos diarios de Europa; recogían la correspondencia cursada por los bañistas; entregaban con aplicada discreción pequeñas esquelas citatorias a las habituales mundanas que la condesa hacía venir de París, en un previsor por si acaso, y se disputaban los servicios reclamados por don Muley Aind el Kazar, señor de Yebala, tan pródigo en dádivas y propinas como hermético para la vida social del establecimiento, de cuyos huéspedes sólo distinguía con atenciones y discreteos al joven secretario de la anciana artrítica, rubio doncel estrecho y bien oliente, cuyo trabajo reducíase a ofrecer el brazo a la venerable averiada, y servirle bucheillos de anís seco, cuando eran menester, por el sistema o método del boca a boca, a la sazón verdaderamente inusual.

I I

Casino de juego, salón de lectura, termas, corredores, alcobas y terrazas, cobraban ya en auge la temporada, muy particular carácter, que defurado en las cocinas, lavadero, sala de plancha, bodegas, invernadero, cocheras y cabinas de la servidumbre, decantaba la acusada personalidad de una clientela, que el ocasional observador hubiese tenido por rara; si el Agregado militar turco pedía miel caliente para rizar el bigote, o cuando la divorciada montenegrina demandaba a la camarera lonjas de tocinillo y su



aplicación a los pechos, a modo de cataplasma cubriendo previamente los pezones con caperuzas de paladio fino; o si la hija del senador vitalicio se ejercitaba, a primera hora, en trepar hasta la cruz del nogal, tocada sólo de cubrecorsé y camisa pantalón, permaneciendo en lo alto treinta y cinco minutos que le cronometraba reló en mano el jardinero, nadie del servicio osaría ir más allá del ocasional comentario; "le encanece el bigote", o "siguen colganderas", y así, pues ya se sabía que la miel era de uso habitual en las barberías de Ankara, y que el tocinillo o apósito balcánico regeneraba la teta del mamífero, y que la estancia en lo alto del nogal, le venía de familia a la chica del senador, arraigada costumbre introducida por un bisabuelo higienista, de cuando sirvió el consulado de Timor.

Nada, pues, de estrambótico o snob había en los usos y maneras de la clientela balnearia. Era, por el contrario, manifestación inevitable del cosmopolitismo por el que el establecimiento se meritaba a sí mismo, de suerte que quien solicitaba por vez primera reserva para la temporada, era sometido por la gerencia a previa y discreta investigación, cumpliendo las rigurosas órdenes de la condesa que siempre hubiese preferido, por ejemplo, un monje tibetano exclausturado, al dueño de una fábrica de curtición, aun con título de proveedor de reales casas.

I I I

Por las estofadas cornisas del suntuoso salón, correteaba una cenefa de graciosos amorcillos, sus glúteos de escayola marfil al aire, y celados sus atributitos ora por ocasionales tallos de laurel, ora con la prudenta mano inocente. Las fastuosas arañas de cristal eslovaco derramaban su clara luz, reforzando la tenue y dorada de las pantallas aplicadas junto a los espejos, que delimitaban su perfecto azogue con talladas molduras de oro batido, marco y reflejo de plumas de cisne, gasas malva, hilos de perlas color guisante, peinados con aderezo de cabecitas de perros afganos, cutis animados por polvos de terracota, escotes con lentejuelas incrustadas, esplendor de averiadas damas sorbiendo jerez en copas esmeralda, dejándose acariciar por Weber, Strauss o Lèhar, ocultos los violines tras opulentos macetones de palma.

Era el tiempo de la velada que discurría sublime para don Muley Aind el Kazar, olvidando bajo su alba chilaba de lino la melancólica dolencia



que las aguas mitigaban, distraído en contar y recontar los glúteos escayola marfil de los amorcillos; galanteador para el Agregado turco, volcando el tintineo de las condecoraciones kurdas en la generosa pechuga de la divorciada montenegrina; beatífico en la sonrisa magenta del ilustrísimo Prelado nullius de Lacumba. Tiempo atormentado, en fin, para el mustio secretario de la anciana artrítica, dolido por las desatenciones del desenvuelto camarero que adiestraba a miss Lucille Venezius en la succión por pajilla del ambarino zumo de zanahoria. Hora distendida aquella por la que lumbagos, reumas, herpes, inflamaciones articulares y fibrosas, amén de dolencias menores, se abandonaban a las partidas de Mab-Jong, juegos de prendas, intrincados solitarios de baraja española, y otras amenidades.

Y el tiempo goteaba así su pequeño caudal de minutos hasta que hubo de ceder paso al prodigio; a las siete treinta dadas por el carrillón que en la meseta de la escalera abría a ésta en dos brazos, hizo su entrada en el salón el fulgurante suceso. Interrumpieron los violines la tercera de las danzas estavas; cayó lluvia de ceniza sobre el murmullo de las conversaciones; desprendiose del ojo el monóculo del Agregado turco; cazó en el aire su solideo el Prelado nullius; atragantose la venerable artrósica con su buche de anís seco; currito salió entre las faldas de la chica del senador vitalicio, y hasta el señor de Yebala oxeó con manotazo mental sus más íntimos pensamientos. Rutilante la magia de su belleza cobriza, cabalgando el fornido lomo del leopardo, el sari limoncillo ceñía un cuerpo arrogante y exento culminado por el exótico rostro de la inesperada amazona. Desnudos los brazos, los correteaban pulseras multiplicadas con prendido de campanillas de oro. Terso y brillante el pelo negrísimo, insectos disecados de gaya color engastados en platino, lo salpicaban; y a juego con tan original exhorno, dos escarabajos azules barnizados con resida birmana y encajados en chatón oro pálido, prendían de los lóbulos. El paso balanceante del leopardo, que obediente al enano desplazábase con estudiada majestad, imprimía a la cintura de la bella un leve movimiento extremadamente su-geridor.

Llegada al centro del salón, descabalgó la hermosa, desapareciendo discretamente enano y montura, y ante el asombro de todos, el sari resbaló hasta el suelo ofreciéndose a la concurrencia en ceñido maillot de écuyère, botitas de charol negro y gamuza gris, breve caña y alto tacón.

Todos coincidieron después en afirmar que el efecto halo fue instantáneo, sosteniendo el senador que un aura centelleante color calabaza en-



volvió por segundos el cuerpo de la bella, quien por cierto y tras esbozar un elegante ademán de saludo, retiróse hasta un apartado diván donde la esperaban enano y leopardo.

I V

El atento jefe de comedor vigilaba el servicio de sopicaldos, purés de chirimoya, vinagretas de ajetes, batidos de berenjenas y demás platos que la estudiosa dirección médica del establecimiento elaboraba para dietética de clientes y acompañantes. Aquella noche, sin embargo, poco o nada hubieron de ponderar los comensales el arte del chef, obstinados como estaban en la conjetura a deducir del extraordinario acontecimiento de la velada. Sin acuerdo previo habían coincidido damas y señoritas en acudir al comedor realzadas con joyas inhabituales, subrayados los pómulos y mejillas con toques de cream opaca, con pinceladas violeta párpados y ojeras. Los caballeros, por su parte extremaron los toques de distinción; el Agregado militar colgó del cuello sus potentes prismáticos alemanes de campaña; el señor de Yebala lucía prendida en el turbante, la Gran Cruz; el botón de la Legión de Honor decoraba el ojal del secretario de la artrítica, y hasta el benevolente obispo nullius ciñó al vientre la faja granate de Prelado doméstico, hasta aquella noche guardada en estuche de damasco.

Evitando con diligencia el entrechoque de platos y cubertería, retiraban servicios los camareros. Mis Lucille Veneziaus olvidó su entretenimiento de modelar caniches con migas de pan, e incluso el senador vitalicio abandonó por una vez el hábito de agitar la tisana con la boquilla de cuerno de toro. Era, en fin, indisimulable la expectación, sólo aliviada por las reconocidas buenas maneras de comensales y servidumbre, uno de cuyos miembros, por cierto, montaba guardia junto a una mesa provista de dos cubiertos.

Distribuíanse ya postres, confites y maltas cuando el jefe de comedor, siervo como siempre en lo concerniente a su cometido, abatió la doble hoja acristalada de la puerta de acceso, por la que cabalgando una vez más al fornido leopardo, tocada ahora de sari color pepino, hizo su entrada la enigmática belleza cobriza, precedida del enano que con cuidadoso esmero orientaba al imponente mamífero por entre el laberinto de tibores orientales, carritos de comedor, mesas, sillas y maceteros, ofreciendo disculpas y sonrisas. Fue cuando el cuarteto de la casa interrumpió, una vez



más, la tercera de las danzas eslavas, para iniciar el lamento de Sadko, deferencia que conmovió a más de uno.

Llegados a la mesa que el camarero reservaba, la belleza cobriza ocupó la silla que el enano le ofreciera, quien enseguida hizo lo mismo con el leopardo. Acomodados ambos, la belleza cobriza tomó la carta, mientras su mano diestra acariciaba con visible mimo la pezuña del animal, y el enano ocupaba su sitio, debajo de la mesa.

Elegido el menú, con el cuarteto narrando el largo lamentoso del joven Sadko, la bella adentró su mirada en los hermosos ojos azules de su pareja. El enano se aplicaba en lamer los tobillos de la dueña, y la concurrencia unánime, puesta en pie, alzó las copas colmadas del agua salútfera, en brindis por la felicidad de los amantes.

